

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

“Petricor” suena a nombre de pájaro, pero “es el término que define el olor de la lluvia sobre suelos secos”, anota Marcela Serrano (Santiago, 1951) en una de las entradas de sus “cuadernos” escritos desde el 1 de enero de 2020 al 31 de diciembre de 2022. En ella deja constancia de que ha aprendido una palabra nueva, así como otro día anota “asíntota”, aquello “que se desea y que se acerca de manera constante, pero nunca llega a cumplirse”. Palabras que, como a los pájaros que llegan a su ventana, ella observa, registra y deja volar, calificando también su belleza. La fascinación por el lenguaje es uno de los tantos motivos que recorren estos mil días reunidos en **A vuelo de pájaro** (Alfaguara), el nuevo libro de la exitosa escritora chilena, autora de una decena de novelas —**Nosotras que nos queremos tanto** (Premio Sor Juana Inés de la Cruz) y **Para que no me olvides** (Premio Municipal de Santiago), entre las primeras—, del volumen de cuentos **Dulce enemiga mía** y del relato biográfico **El manto**. Una fascinación solo comparable a la que siente por la naturaleza. “Amar a los animales es como escribir”, apunta otro día.

En su amplio departamento frente al Parque Forestal, con unos ventanales y una terraza que permiten ver en todo su esplendor las copas de los árboles y en particular de sus queridas araucarias, Marcela Serrano toma su habitual vaso de vodka acompañado de cigarrillos y comenta con sorpresa la multitudinaria presentación del libro póstumo de Gabriel García Márquez, **En agosto nos vemos**, en la que participó esta semana. “Fue un encuentro también con mis lectoras”, dice, “no imaginaba que tendría tanto claqué”. Alejada por decisión personal de las luces y los lanzamientos propios, prácticamente había olvidado el cariño de sus seguidores.

El sábado 20 de abril podrá confirmarlo, en la presentación de **A vuelo de pájaro**, en el II Festival Penguin Providencia, en la Fundación Cultural de Providencia.

Bitácora de los ojos

“No son diarios de vida. Qué presuntuoso y aburrido habría sido contar mi vida diaria durante tres años”, explica sobre la decisión de llamar “cuadernos” a estos escritos fechados —salvo muy pocas excepciones— día a día. “Elegí buscar una mirada diaria y centrar allí mi atención, con la frescura o libertad de ojos que envejecen, algo así como una bitácora de esos ojos. No es una mirada de cada día, es una mirada *cada día elegida* como respuesta a la nebulosa, al espanto”.

El espanto sobrevino poco después de iniciar este proyecto, pero mantuvo los nombres que había elegido para cada año: Cuaderno de las delicias, Cuaderno del asombro, Cuaderno del sol. “La pandemia se me cruzó en el camino tres meses más tarde, cuando buscaba una delicia diaria. Me pareció un signo que ello ocurriera, resultaba difícil y fuera de lugar, pero insistí con mucha disciplina. No pensaba publicar, era un ejercicio para mí, así como otros hacen yoga o salen a correr”, afirma.

—¿Cuál era el sentido de esos nombres?

—“Las delicias” fueron premeditadas por una pasión militante de encontrar belleza en la vida, pero “El asombro” llegó por su cuenta, se impuso ante la realidad, ante el solo hecho de mirar al mundo por la ventana. Bien decían Pound y Canetti, los escritores somos los testigos, debemos asombrarnos y contarlo. Luego, “El sol” fue un acto de voluntad, una ilusión de cambio, unas ganas terribles de negar el Apocalipsis; la pandemia había terminado y el país tomaba otro giro.

—Dice que la novela se agotó en usted como género después de la muerte de su hermana Margarita y que, en ese sentido, su relato biográfico “El manto” fue un libro “bisagra”. ¿Qué explicación ha encontrado para esto?

—No tengo una teoría al respecto, solo sucedió. Creo más bien en la idea que planteó Edward Said sobre el estilo tardío: cuando llega un momento en la vida de un creador en que se libera de toda su obra anterior y quiebra, buscando una expresividad distinta. Said habla de lo tardío no como armonía y resolución, sino como intransigencia, dificultad y contradicción no resuelta.

—Usted dice que quien escribe podría ser una de las protagonistas de sus novelas. Es “sencillamente una mujer hablando”. ¿Por qué se disculpa por no escribir ficción?

—Desde mi primera novela he planteado que todas las mujeres tenemos la misma historia que contar. En ese sentido, yo podría ser cualquiera de mis protagonistas, ellas y yo somos intercambiables, lo que me lleva a ser la escritora de siempre. Pero me disculpo por no contarles una historia ficticia, porque me han leído a través de los años buscando esa ficción y hoy no está presente.

También artista visual, disciplina que quedó atrás cuando se convirtió en escritora, Marcela

Después de **El manto**, relato biográfico sobre la muerte de su hermana Margarita, la exitosa escritora chilena prueba una vez más con la escritura del yo. **A vuelo de pájaro** (Alfaguara) son los cuadernos escritos desde 2020 a 2023, donde se mezclan lecturas, reflexiones, acontecimientos, afectos, dolores.

Serrano fue amiga durante más de 40 años de la artista Lotty Rosenfeld. Su muerte es anotada el 24 de julio de 2020. “Compañera del alma, compañera”, cita a Miguel Hernández. “Una de las delicias más grandes de mi vida fue ser su amiga”, escribe en su primer cuaderno, pero la presencia de Lotty Rosenfeld recorre todo el libro. “Ella era un personaje singular, muy único. Su mirada era siempre original, distinta. Nada en ella era banal”, dice recordándola. Con su muerte, “se llevó una cantidad importante de risa, de la posibilidad de mirar juntas el arte, de compartirlo, y de una cotidianidad siempre enriquecida por el humor y por una enorme solidaridad”.

—Aparte de sus hermanas, no aparecen aquí otras mujeres con ese grado de cercanía. ¿Se ha ido alejando de sus amigas?

—Dos tercios del libro los escribí en pandemia, encerrada en el campo con mis hermanas. Es cierto que entre nosotras gozamos de una gran intimidad, pero eso no impide que también la tenga con otras mujeres. Esas otras aparecen camufladas en el texto, casi siempre con iniciales. Valoro mucho la amistad entre mujeres y ha sido uno de los temas recurrentes que he tratado en mis novelas.

—A quienes parece haber sacado totalmente de su vida es a los hombres. ¿Qué “delicia” le ha dado la soledad?

—El camino por el que llegué ahí es el haber estado emparejada la vida entera. Así como hablo del estilo tardío en la literatura, bien podría trasladarlo a la vida real: sabes que te queda poco tiempo y quieres cambiarlo todo, vivir en la máxima cercanía con tu espíritu, no hacer una concesión más y decidir los pasos que das con absoluta independencia. ¡Esa es una gran delicia!

—¿Tuvo algunos referentes para escribir este libro? Nombra, por ejemplo, a Anaïs Nin.

—No, no acudí más que a mis lecturas regulares, y eso lo hice de forma inorgánica y muy libre. Mi idea era hacerle frente a algo que me



FRANCISCO JAVIER BLEA

ENTREVISTA | Las delicias, el asombro, el sol

Marcela Serrano: “Estos cuadernos son mi forma de resistencia”

“No debo rendirle honores ni a la erudición ni a la academia, menos mal”.

“Yo podría ser cualquiera de mis protagonistas, ellas y yo somos intercambiables”.

“No tengo pudor en asignarle al rol de abuela mi mejor faceta”.

“Creo que el humor para juzgarme a mí misma es lo único que me salva”.

“No me interesa el feminismo radical, lo considero estrecho y totalmente desconectado de la sociedad real”.

atemoriza y detesto: la prisa. Llevo años peleándole y la escritura de estos cuadernos son una respuesta. La lentitud, la paciencia, incluso la humildad, todas son enemigas de la prisa, de la eficiencia hipercapitalista. Estos cuadernos son mi forma de resistencia.

Entre los muchos autores y autoras que cita, sin el más mínimo asomo de pedantería, sino como regalos, asombros o delicias, están muy presentes Homero y Virgilio, puerta de entrada a otros libros y autores que han abordado la mitología y los héroes, como el erudito italiano Roberto Calasso. ¿Por qué recurrir a la Antigüedad? “Me había prometido a mí misma adentrarme en la mitología griega por sentir que era el origen de todas las cosas, todo prove-

nía de allí, desde el lenguaje hasta la psicología. Además, tenía una deuda con mi padre: él fue un estudioso de estos temas y yo, en la frivolidad de la juventud, no aproveché de él lo que habría debido. Entonces los cuadernos me pillaron en esa disposición y me resultaba imposible desviar la mirada de ellos. Esas obras continúan hablándole a nuestro tiempo, lo harán hasta que el mundo sea el mundo”, afirma.

Quizás uno de los motivos más novedosos de estas páginas es su rol de abuela. Con el pequeño Marcel comparte tiernamente todos sus espacios, en Mallarauco, en su departamento e incluso en un viaje a Roma. “Ha sido la mayor delicia de todas, inesperada, una verdadera sorpresa —reconoce—. No pensé que el ser abuela podía traer tantos regalos”. Y afirma: “No tengo pudor en asignarle al rol de abuela mi mejor faceta”.

Sorprende en estos escritos la honestidad de Marcela Serrano; por ejemplo, para reconocer sus privilegios y también que no renunciaría a ellos. “Es un libro que no escatima ninguna de mis arbitrariedades —confirma—, creo que están todas y de forma un poco desenfadada. No debo rendirle honores ni a la erudición ni a la academia, menos mal. Por eso es visible mi eterna contradicción: el gozar de mis privilegios estando atenta a los que no los tienen. En la pandemia esto se agudizó, palpar el horror en todos lados y yo gozando del campo. Apuesto siempre por las víctimas, por los perdedores, ¿no debería ser yo una de ellas?”.

—Muchas veces lo asume con humor, pero también es severa con usted misma. ¿Cómo maneja esa autocrítica?

—Vivo al borde de la autoflagelación; sin embargo, despierto contenta cada mañana y suelo irme a la cama en paz. Muchas veces siento el famoso síndrome del impostor y me pregunto cuándo va a salir a la luz que soy, efectivamente, una impostora. Creo que el humor para juzgarme a mí misma es lo único que me salva.

—Varias veces dice que le gustaría no publicar más. ¿Qué la hace cambiar de opinión?

—Nunca he dejado de publicar, lo he hecho sostenidamente desde hace más de treinta años. A veces me he demorado más tiempo entre una publicación y otra, como ahora, que pasaron cuatro años. Sospecho un poco de los que viven publicando; escribir es un trabajo muy lento y muy largo. Lo que sí me sucede es que me carga publicar y más me carga terminar seducida por ello cada cierto tiempo. Admitámoslo, ¡es una seducción!

—¿Cree que, efectivamente, ya contó todas las historias que tenía que contar, o espera que la ficción vuelva a sorprenderla?

—Estoy abierta a todo. Si llega una novela, bienvenida. De hecho, estoy siempre escribiendo alguna en mi cabeza, que más tarde desecho.

El síndrome de Fedra

Otro tema que sobrevuela estas páginas es la situación y las reivindicaciones de las mujeres, pero aun siendo una feminista militante, se distancia del feminismo radical, e incluso plantea el “síndrome de Fedra” para advertir que a veces las mujeres también mienten al acusar a un hombre. Una postura “políticamente incorrecta” que hasta ahora no le ha traído consecuencias. “Es primera vez que expreso el ‘síndrome de Fedra’, aún no me han castigado por ello —afirma—. No me interesa el feminismo radical, lo considero estrecho y totalmente desconectado de la sociedad real, ni hablar del pueblo mismo. Tampoco me interesa su lenguaje, es pedante y crea distancias. Pero no importa, entre todas conformamos una fuerza fantástica, irreversible. Cuando empecé a publicar, ser feminista era casi un crimen. ¡Cómo hemos avanzado!”.

—¿Diría que el lenguaje es también protagonista de estos cuadernos?

—Sí, absolutamente. Porque es también un diálogo obsesivo con la lectura, ese gran diálogo con “otros”, donde el lenguaje lo es todo o casi todo.

Uno de los momentos más emotivos del libro es la muerte de su perro Racún, que la esperó en Mallarauco casi sin fuerzas para poder morir en sus brazos. “Sería incapaz de responder algo racional al respecto. Sencillamente los adoro”, responde sobre su fuerte vínculo con los animales.

Cercana al Presidente Boric, por quien no disimula su admiración y cariño, Marcela Serrano también anota hechos y reflexiones políticas en sus cuadernos, particularmente en el tercero. Sobre la situación que vive hoy el país, afirma: “Mi ánimo está más bien decaído. Son tiempos duros. Al principio yo estaba llena de ilusiones pero la mezquindad de la derecha de este país se preocupa cada día de romperlas. Además, se suman los errores propios, que han sido varios. La inexperiencia es una mala consejera. Pero mantengo siempre la solidaridad con el Presidente”.

—¿Mallarauco y Santiago son complementarios? ¿Qué le da cada uno?

—El campo me da la naturaleza, el silencio, el recogimiento necesario, la posibilidad de respirar profundo, además de ese vital contacto con la tierra, con el cual nací y me crí. Como diría Jorge Teillier, tener en las manos un puñado de tierra fresca, esa es siempre la salvación. La ciudad, en cambio, aunque me repleta de realidad y a veces de espanto, me entrega los afectos. Los que quiero viven aquí, qué le vamos a hacer.